



Biografía

DE ADLER, MARIELA

Rusia, 1909-1991.

Narradora y dramaturga.

Aunque de origen ruso, Mariela de Adler se formó y se educó en Paraguay, donde también se inició como escritora. Su incorporación a la escena literaria resulta algo tardía ya que recién hacia fines de la década de los sesenta publicó sus primeras obras.-

En efecto, en 1966 apareció "*LA ENDEMONIADA: HISTORIAS DE AMOR, FANTASMAS Y CURAS*", su primer libro de cuentos, y en 1968 dio a luz "*DE OTRO MODO: HISTORIAS EN VOZ BAJA*", una segunda colección de relatos y libro en el que se destaca el acercamiento a la interiorización del discurso de los personajes. Escribió además obras de teatro, entre ellas "*PRELUDIO*", publicada en 1972. [Datos bio-bibliográficos de José Vicente Peiró Barco].-

Fuente "BREVE DICCIONARIO DE LA LITERATURA PARAGUAYA" / 2da. Edición – AUTORA: TERESA MENDEZ-FAITH en venta en EL LECTOR, Asunción-Paraguay 1998)

MARIELA DE ADLER (1909-1991)

A finales de la década de los sesenta aparece una nueva autora en el panorama de la narrativa paraguaya: Mariela de Adler. Autora de origen ruso de la que poco conocemos de su biografía, publicó dos libros de cuentos: *LA ENDEMONIADA* (1966) y *DE OTRO MODO: HISTORIAS EN VOZ BAJA* (1968). De ella hemos seleccionado, como muestra de la evolución prolongada que se va apreciando en el cuento paraguayo femenino, el relato titulado «LAZARILLO DE DIOS», publicado en *LA ENDEMONIADA*. En él se advierte la ternura propia de la mujer narradora, pero además una muestra de inconformismo frente a la pomposidad del referente social eclesiástico. El personaje de un joven vagabundo acaba en casa de un sacerdote, cuya hermana ha muerto recientemente y vive solo, donde ocupa el papel del ama de casa que realiza las labores del hogar. El sacerdote es humilde y se mantiene alejado de la fastuosidad en que incurren otros miembros de su estamento.

Destaca en Mariela de Adler no sólo la ternura y gratitud con que tiñe a sus personajes, sino también la contraposición del digno mundo de la pobreza, frente al de una sociedad más hedonista, que por esa misma circunstancia va perdiendo sus hábitos más humanitarios.

Fuente [NARRADORAS PARAGUAYAS \(ANTOLOGÍA\)](#) - [JOSÉ VICENTE PEIRÓ](#) , [GUIDO RODRÍGUEZ ALCALÁ](#) - [recopiladores]. Edición digital: Alicante : [BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES](#) , 2000. N. sobre edición original: Edición digital basada en la de Asunción (Paraguay), Expolibro, 1999.

MARIELA DE ADLER, (Moscú, Rusia, 1909 - Asunción 1991). Tecleando en una vieja máquina de escribir, en la trastienda de su joyería, Mariela de Adler, escribía cuentos y más cuentos, novelas y obras de teatro que enviaba a concursos, al parecer con bastante éxito pues logró premios y menciones en catorce certámenes locales. Esta escritora nació en Rusia y viajó "por todo el mundo", como ella solía recordar, pero sus anclas estaban fondeadas en Asunción, no lejos del río que la trajo. Aquí estudió y en el colegio aprendió nuestro idioma con precisión como para expresarse en él en forma literaria.

Más tarde, ella y su esposo, se establecieron como comerciantes - aprovechando el oficio de relojero del marido- y

ambos tomaron la ciudadanía paraguaya.

Aunque Mariela escribía desde su juventud, solo en la década del sesenta se publica su primer libro de cuentos, *La endemoniada*, y a éste sigue *De otro modo*. El relato breve y el teatro eran los géneros preferidos de esta autora. Un drama teatral, *Los sobrevivientes*, premiado por Radio Caritas, fue representando en escenarios capitalinos y otra obra, *Preludio*, fue publicada en 1972. Infaltable espectadora de cuanta manifestación cultural o artística hubiese en la capital, Mariela de Adler llegó a formar parte del mundillo intelectual de nuestro medio. D.P.C.

LECTURAS:

CUENTOS: LA ENDEMONIADA: HISTORIAS DE AMOR, FANTASMAS Y LOCURA (1966); DE OTRO MODO: HISTORIAS EN VOZ BAJA (1968).

TEATRO: LOS SOBREVIVIENTES; PRELUDIO, (1972).

Tiene además dos NOVELAS premiadas por el Instituto de Cultura Hispánica: *EL ESCARABAJO DE ORO* y *MARTES Y VIERNES*.

BIBLIOGRAFIA: CARTAS PERSONALES; BREVE DICCIONARIO DE LA LITERATURA PARAGUAYA - Teresa Méndez - Faith - 1996 - NARRATIVA PARAGUAYA DE AYER Y DE HOY - la misma autora - Intercontinental - 1999. NARRADORAS PARAGUAYAS - José Vicente Peiró - Guido Rodríguez Alcalá - Expolibro - SEP (1999).

Fuente: [HISTORIA DE LA LITERATURA PARAGUAYA](#). Por HUGO RODRÍGUEZ – ALCALÁ. Universidad de California, RIVERSIDE - Colección Studium-63 - México 1970 © HUGO RODRÍGUEZ – ALCALÁ / DIRMA PARDO CARUGATTI. Editorial El Lector, Diseño de tapa: Ca'avo-Goiriz. Asunción – Paraguay. 1999 (434 páginas)

Lazarillo de Dios (Cuento)

LAZARILLO DE DIOS

Al ver deslizarse lentamente por la calle abrasada de sol una figura en sotana negra, los vecinos del pueblo decían en voz baja:

-Desde que murió su hermana, que en paz descanse, el pobre quedó así...

-La Teresa era una santa, ni qué decir.

-Era para él como una madre... Y ahora quedó huérfano, pobrecito.

El padre Ignacio seguía su camino, sin darse cuenta de los cuchicheos que suscitaba al pasar. El también pensaba incessantemente en su hermana Teresa, muerta hacía cuatro años. Todavía, a pesar del tiempo transcurrido, no podía hacerse a la idea de esa ausencia definitiva... Para él Teresa había sido todo: la madre, el calor del hogar, una mano femenina -todo aquello que un sacerdote suele sacrificar por amor a Dios. Ahora el padre Ignacio estaba solo. Con esto, ya no era joven: tenía alrededor de sesenta años, y a esa edad la soledad suele ser aún más agobiante. Antes, cuando todavía vivía Teresa, el padre Ignacio parecía más joven más robusto, lleno de vida y de energías. Ante todo era diferente: daba gusto estar en la vieja casita de al lado de la iglesia: apenas dos piecitas, un rancho medio derrumbado, pero adentro se notaba la presencia de la hermana. Teresa estaba en todo -en los mantelitos bordados por ella, en la cubrecama que ella había tejido para su hermano, en cada cosa que su mano había tocado... Y hasta en los rosales delante de la ventana que florecían cada año. Ahora ni los rosales florecían: desde la muerte de Teresa, el padre Ignacio había dejado de cuidarlos. ¿Para qué? Teresa ya no estaba... Y de nada le servía repetirse mil y mil veces que Teresa estaba en el cielo, junto a Dios: el padre Ignacio, con un egoísmo tan humano, hubiese preferido tenerla junto a sí...

Su desamparo llegó a tal punto que se abandonó por completo. Si los vecinos piadosos no cuidaran de él, el padre Ignacio hubiese pasado días enteros sin comer. Pero las buenas mujeres del pueblo le querían como a un verdadero padre, y no pasaba día en que la una o la otra no le trajese algo que comer. Es cierto que todos en la aldea eran pobres: sobrar, no sobraba nada; cada familia tenía a sus hijos hambrientos, aparte de sus hombres. Pero para el padre Ignacio

siempre había algo: un plato modesto de porotos, un par de huevos, un queso casero, y en los días festivos hasta unos pasteles.

Hacia más de veinte años que el padre Ignacio había venido como párroco a esa aldea, y todos los habitantes se recordaban aún del día de su llegada. Enseguida supo conquistar todos los corazones: siempre tenía para sus feligreses un buen consejo y una ayuda. Con todo esto, era sencillo y humilde, y nunca quiso nada para sí: vivía en la pobreza más estricta, cuando no en la más franca indigencia. Es que los ingresos eran magros: de vez en cuando un casamiento, muchos entierros, eso sí y aún más bautizos... Pero, ¿podía él exigir de esa gente algo por sus servicios de sacerdote? Conocía la miseria de sus ovejas y no se animaba a exigirles nada. Pertenece el padre Ignacio a esa clase de sacerdotes que nunca piensan en sí mismos: como aquel famoso cura de la Francia remota al que el pueblo llamaba el «pobre sacerdote» y cuya fama de abnegado servidor de Dios había llegado hasta los oídos del todopoderoso cardenal Richelieu, el cual le hizo llamar, insistiendo en que el «pobre sacerdote» le pidiera algún importante favor, a lo que el cura respondió con su humildad proverbial: «ya que usted tiene esa amabilidad para conmigo, monseñor, e insiste en que le pida algo, le ruego ordene que se coloquen unas nuevas tablas en la carreta que lleva a los condenados a muerte hacia el cadalso, para que el miedo de caer en medio del camino no les distraiga a punto de olvidarse de encomendar sus almas a Dios».

Sí, el padre Ignacio pertenecía a esa clase de sacerdotes humildes y abnegados. Pese a su modo de hablar, parco y hasta algo brusco, tenía un corazón de oro, y los habitantes de la población no tardaron en descubrirlo. Entre los vecinos circulaban muchas anécdotas sobre el padre Ignacio. Se contaba, por ejemplo, que un día vino a verlo un hombre que vivía a varias leguas de distancia y que había oído hablar de la rectitud y sabiduría del padre Ignacio.

-Padre -comenzó el hombre -vengo a pedirle consejo.

-Hable, hijo mío, le escucho -contestó el padre Ignacio.

-Es que... No sé cómo decírselo, padre... Es que...

-Vamos -le interrumpió el padre Ignacio- lo mejor es ir derecho al grano.

-Y bien... Vea, padre, hace siete años, una mañana, mi mujer puso la leche sobre el fuego y dijo que iba a pedir prestados un par de huevos a la vecina... Desde entonces, no volvió más... Y ahora le pregunto, padre, qué debo hacer.

Y sin pestañear siquiera, el padre Ignacio le contestó con firmeza.

-Lo primero que tiene que hacer, hijo mío, es quitar la leche del fuego... Luego... dejar de esperar los huevos de la vecina.

Así era el padre Ignacio: humano sobre todas las cosas, y no le faltaba, en ocasiones, el don del humorismo. Y tal vez fueron estas cualidades que hicieron que los vecinos del pueblo, antes que ver en él al «señor cura», le consideraran como a un compueblano suyo, como a «nuestro padre Ignacio», pobre como ellos, desheredado como ellos y humilde como ellos.

Por eso no fue la menor preocupación de los vecinos el ver a su padre Ignacio morir cada día un poco más, a la vista de todos, desde la pérdida de su hermana. Es cierto que sufría en silencio, sin lamentos ni quejas, pero los que le conocían se daban perfectamente cuenta de su pena mortal.

Una tarde de invierno, mientras llovía ininterrumpidamente durante varias horas, ña Rosalía, la vecina más cercana del padre Ignacio, se echó encima una bolsa de carbón y vino a golpear a la puerta del ranchito del cura. Como nadie contestara, entreabrió suavemente la vieja tabla que servía de puerta y se detuvo en silencio. Lo que se presentó a su vista no era, por cierto alentador: el padre Ignacio estaba sentado ante una mesa vacía, apoyando la cabeza sobre una mano; la lluvia goteaba a través del techo podrido... En la penumbra del anochecer apenas se distinguían las pocas cosas de la pieza. A ña Rosalía el corazón le dio un vuelco: le pareció ver llorar al padre Ignacio. En voz baja le llamó:

-Padre... Eh, soy yo, Rosalía.

El sacerdote alzó la cabeza y la miró con los ojos nublados, Al verlo así, desamparado, solo, en esa pieza inhospitalaria, mientras afuera caía la lluvia, ña Rosalía contuvo un sollozo y sobreponiéndose a su emoción, dijo:

-¿Qué hacer usted en esa oscuridad, padre? Espere, le voy a encender la lámpara. ¿Hay todavía querosén dentro?

-Deje, ña Rosalía... No vale la pena -dijo el padre Ignacio.

-¿Cómo que no vale la pena?

-Pronto me voy a acostar... Es casi de noche.

-¿Acostarse sin cenar? -exclamó la buena mujer- no faltaba más. Y forzándose en dar a la voz un tono alegre, prosiguió: Mire, padre, tengo una linda gallinita para usted... Se la voy a preparar para la cena.

Y diciéndolo, ña Rosalía sacó de debajo de su bolsa de carbón un magro pollo que acababa de estrangular y que todavía se estremecía débilmente.

-¿Eh? ¿Qué me dice? Con este tiempo le hará muy bien un buen plato caliente, padre... A veces, con el estómago lleno, uno hasta se olvida de las penas...

Y, bonachona, ña Rosalía se rió, echando miradas furtivas al sacerdote, mientras encendía la lámpara.

-No hacía falta, ña Rosalía... Usted misma apenas posee una media docena de pollos... ¿Y qué van a comer sus hijos?

-No se preocupe, padre -contestó doña Rosalía-. Todos somos pobres, es verdad; pero con la ayuda de Dios y también con la buena voluntad de mi José, de algún modo nos arreglaremos para no morir de hambre.

Luego, interrumpiéndose:

-Así que siéntese aquí al lado de la luz y espere la cena. Ahora, con la lámpara encendida, la casa parece más alegre. ¿Verdad?

El padre Ignacio no contestó. Luego de un silencio balbuceó:

-Teresa sabía preparar un caldo de gallina como nadie... No es para desprestigiarla, ña Rosalía, Dios me libre... Pero cuando me acuerdo...

-Bueno, bueno -le interrumpió ña Rosalía- ya se va a poner triste otra vez... ¿Qué le vamos a hacer, padre Ignacio? No podemos nada contra la voluntad de Nuestro Señor... Dios nos quita y Dios nos da... Pero ¿quién lo sabrá mejor que usted? No es a mí, pobre mujer ignorante, que me corresponde enseñarle estas cosas.

Ña Rosalía ya estaba por salir con la gallina, cuando el padre Ignacio la llamó:

-Tráigame el pollo, ña Rosalía... Yo mismo me lo voy a preparar. Así, como Teresa solía hacerlo...

Y como ña Rosalía quedaba indecisa, sin moverse, añadió:

-Es un antojo, ña Rosalía... Así voy a tener en qué ocuparme...

Con esta lluvia uno no sabe qué hacer...

Parecía como si se disculpase por su extraño capricho. Estaba visiblemente turbado, hasta enrojeció un poco.

-Por mí -dijo ña Rosalía- como guste... Si eso le distrae, tanto mejor, padre... Voy a desplumar el pollo y se lo traigo. ¿Qué más quiere?

-Lo que tenga... Un poco de verdura... A ver, a ver... ¿Qué más solía poner Teresa? Ya: un poco de orégano.

-Que buena es usted conmigo -dijo el cura.

-Eh... Usted se lo merece, padre -contestó ña Rosalía-. Así que guarde un rato en seguida estoy de vuelta.

Ña Rosalía salió. El padre Ignacio pensó: tengo que procurar salir de este estado de depresión. Si me dejo llevar por él,

estoy perdido... Ya no soy más el pastor de mis ovejas... Ya no pienso en ellos como antes... Todo se me ha vuelto indiferente desde la muerte de Teresa... Pero ¿es que un sacerdote tiene el derecho de abandonarse de tal modo a su propio dolor? ¿No se debe él enteramente a sus fieles? Señor, Señor, ilumíname...

El padre Ignacio se levantó, sacó del estante la Santa Biblia y la abrió en cierta página. «Aquí está», pensó el padre Ignacio y leyó en voz bajo: «Mientras Él todavía hablaba a las multitudes, he aquí que su madre y sus hermanos estaban fuera buscando hablarle». Díjole alguien: «Mira, tu madre y tus hermanos están de pie afuera buscando hablar contigo». Mas Él respondió al que se lo decía: «¿Quién es mi madre y quiénes mis hermanos?». Y extendiendo la mano hacia sus discípulos, dijo: «He aquí a mi madre y mis hermanos. Quienquiera que hace la voluntad de mi Padre celestial, éste es mi hermano, hermana o madre». Sí, estas son las palabras de Nuestro Señor Jesucristo. Un sacerdote, más que nadie, se debe enteramente a todos aquellos que le necesitan... Y yo he pecado, he sido egoísta, entregándome a mi propio dolor al punto de olvidarme de mis sagrados deberes de sacerdote.

Agobiado bajo el peso de sus propias acusaciones, el padre Ignacio se dijo: trataré a toda costa de desviar mis pensamientos de la muerte de Teresa... Comenzaré por prepararme mi propia comida para distraerme... Podría también arreglar este rancho: en días de lluvia gotea hasta sobre mi lecho. Sí. Cualquier cosa... Un pequeño esfuerzo de voluntad... Si me dejo dominar por esas ideas negras, estoy perdido... El Señor no lo permita...

Entretanto, ña Rosalía había vuelto. Encendió fuego en el brasero, colocó el pollo en la olla y preguntó:

-¿Quiere que le ayude, padre?

-Deje, deje, ña Rosalía, yo mismo haré todo... Y muchas gracias.

Al quedarse solo, el padre Ignacio se levantó pesadamente y comenzó, sin gran entusiasmo, a preparar la cena. Cuando todo estaba colocado sobre el fuego y la casita poco a poco empezó a llenarse de un sabroso olorcito a caldo, el padre Ignacio no pudo evitar una sonrisa melancólica: este aroma le recordó una vez más a Teresa...

Afuera, la lluvia seguía, pero dentro de la casa hacía un agradable calor, y el caldo seguía perfumando el ambiente. El [88] padre Ignacio de pronto sintió impaciencia por sentarse a la mesa, cosa que no le había sucedido más desde hacía cuatro años. No era simplemente hambre. Algo nuevo, desconocido se mezclaba a su impaciencia, algo vago e inexplicable como un presentimiento, que ni él mismo podía precisar.

El cura colocó su cubierto, el plato, puso la olla sobre la mesa y se sirvió un gran cucharón de caldo. Eso sí que era caldo como lo solía hacer Teresa... Pero al tiempo que el padre Ignacio metía la cuchara dentro del plato e, impaciente, husmeaba el vapor, se oyeron a la puerta unos discretos golpecitos. Y antes de que el padre Ignacio pudiese contestar, la puerta se entreabrió y una cabeza de hombre se asomó a la pieza.

-¿Se puede? -oyó el padre Ignacio, y la silueta de un hombre harapiento, chorreando de pies a cabeza, se adelantó unos pasos.

El padre Ignacio dejó la cuchara en el plato y preguntó:

-¿Quién es usted?

El desconocido contestó:

-¿Yo? Soy un hombre de Dios...

Y como el padre Ignacio seguía mirándolo, añadió:

-Perdóneme, padre... Veo que le molesto... Pasaba por aquí, y como llovía tanto... Perdóneme, pues no sabía que era la casa del cura... Soy forastero, vengo de lejos.

El hombre inició débilmente la retirada, no sin husmear previamente el olor del caldo. El padre Ignacio gruñó:

-¿Adónde quiere ir? Con este tiempo no puede seguir andando... ¿adónde iba?

-¿Yo? -dijo el desconocido- a ninguna parte... Yo, padre, no tengo destino... Cualquier lugar es bueno para mí... No soy más que un vagabundo.

Sonrió blandamente y quedó indeciso junto a la puerta.

-Vagabundo -gruñó el padre Ignacio- vagabundo... Luego, con rudeza. Anda, siéntate, allí, cerca del fuego... Estas temblando de frío.

El hombre se acercó al brasero y empezó a calentarse las manos. El padre Ignacio, de tanto en tanto, le echaba una mirada furtiva. Ya no comía; no podía comer delante de un hombre quizás hambriento. Luego de un breve silencio, el padre Ignacio dijo:

-Acércate a la mesa... Toma aquella silla.

Y le mostró con la cabeza un taburete. El desconocido no se hizo repetir dos veces la invitación. Con un movimiento rápido acercó el taburete, se sentó frente al padre Ignacio y esperó, sin alzar la vista.

El padre Ignacio trajo otro plato, lo llenó hasta los bordes con el caldo y lo acercó al hombre:

-Come... Tendrás hambre, supongo.

El vagabundo, sin contestar, se echó sobre la comida. El padre Ignacio lo observaba de reojo. ¡Cómo tragaba la sopa hirviente... Dios santo, con qué rapidez el caldo disminuía en su plato hasta dejarlo vacío y limpio como recién lavado...! El padre Ignacio le echó otro cucharón. El mismo no comía: se había olvidado de su propio apetito al contemplar a este hombre hambriento que devoraba la comida. Ya no se complacía en imaginarse en compañía de su hermana, saboreando los platos por ella preparados. Hasta se sorprendió al no sentirse invadido por aquella tristeza desesperada, que desde hacía cuatro años no le abandonaba nunca. Entretanto, el segundo plato también había quedado vacío y el vagabundo, sonriente, dijo como para disculparse:

-Bueno, padre, esto sí que es comida... En toda mi vida he probado un caldo tan sabroso... Ustedes, los curas, por lo visto, no se privan de nada... Comen como los reyes... Viven como...

De pronto echó una mirada alrededor y quedó callado: la pieza vacía, el techo que goteaba, los pocos muebles toscos y desvencijados no daban la impresión de riqueza ni bienestar.

El padre Ignacio fijó sobre él su mirada indulgente y un poco burlona:

-No creas que comemos todos los días como hoy -le dijo-. Tal vez esta noche es en honor tuyo que yo mismo preparé esa cena que tanto te gusta.

-¿Y cómo usted pudo adivinar que yo pasaría hoy por acá? -dijo el vagabundo abriendo unos ojos ingenuos.

-Ya ves... A lo mejor un ángel de Dios me lo sopló... Pero come, come... Todavía hay más.

Y el padre Ignacio, solícito, le llenó el tercer plato. Con eso la olla quedó vacía. Sin pronunciar palabra, el vagabundo se dedicó a la comida. El padre Ignacio, divertido, le observaba: decididamente, este vagabundo le había caído en gracia. Al dejar limpio el tercer plato, el hombre dijo con un hondo suspiro:

-Bueno, padre, ahora estoy como para reventar... Uff... Tengo una panza que parece un tambor... Gracias, padre, he comido para toda la semana.

Se levantó, sacudió la ropa aún mojada y se dirigió lentamente hacia la salida.

-Qué calorcito hace aquí... -murmuró.

Afuera, la lluvia seguía incesante. Ráfagas de viento sacudían las tablas que tapaban la ventana sin vidrios. El padre Ignacio le miró.

-No puedes irte con esta lluvia -dijo. Y frente a la blanda indecisión del hombre, añadió: Quédate a dormir aquí esta noche... Mañana podrás seguir tu camino. Allí encontrarás una vieja manta para taparte... Y en la otra piecita hay un catre.

El vagabundo balbuceó:

-No sé cómo agradecerle, padre...

Comenzó a quitarse sus harapos; se envolvió en la vieja manta y se acurrucó junto al fuego.

-Ay, padre, qué bien se está aquí en su casita -dijo.

El padre Ignacio pensó: «Es verdad... Tiene razón este vagabundo. Existe gente más desgraciada, más miserable que yo. Gente que se da por satisfecha con tener algo que comer y un poco de calor...».

-¿De dónde vienes? -le preguntó.

-De lejos, padre... Mi lugar está a muchas leguas de aquí.

-¿Y hace cuanto tiempo que andas vagabundeando?

-Unos tres años, padre.

-¿Qué edad tienes?

-Voy a cumplir veinticuatro.

-¿Por qué no te quedaste en tu aldea? ¿No tienes allí a tu familia?

-La tengo, padre. Pero, ¿qué iba yo a hacer allí? Somos muchos hermanos... Y mi madre sola, porque a mi padre ni lo conocí siquiera. Claro que buscábamos algún trabajo, mis hermanos y yo. Pero en mi aldea no hay trabajo, padre. Todos somos pobres, una verdadera miseria... Una hermana mía fue a la ciudad para trabajar de sirvienta. Otra... también se fue, no sabemos dónde. Y yo... yo también salí un día... Los caminos me llaman, padre...

-¿Y no buscaste nunca trabajo en otros pueblos?

-¿Cómo no iba a buscarlo? Pero en los otros pueblos la miseria resulta ser más grande aun que en el mío... Y así, seguí el camino, pidiendo un poco de pan a las puertas... A veces, cuando hacía frío, me dejaban pernoctar bajo techo... En verano solía dormir en pleno campo, bajo las estrellas... Y a veces, con un poco de suerte, encontraba trabajo...

Sonrió y miró al padre Ignacio por primera vez en pleno rostro. «Tiene unos ojos de perro bueno y humilde, de un perro sin dueño», pensó el padre Ignacio. Sonrió también el sacerdote; su propia desgracia ya no le parecía tan tremenda como unas horas antes.

-Padre- dijo de pronto el vagabundo- sólo ahora me doy cuenta de que me comí yo solo toda su cena. Usted no probó bocado.

El padre Ignacio rió:

-No te preocupes por eso, muchacho -dijo-. No tengo hambre. Ha sido para mí un placer enorme poder observarte comiendo con tanto apetito. Con eso ya me siento satisfecho. Sonrió nuevamente y añadió:

-¿Cómo te llamas?

-Juancito me llaman, padre.

-Bueno, pues, Juancito, ahora vamos a dormir. ¿Qué te parece? Debes estar cansado.

-Me parece bien, padre... Porque, a decir verdad, luego de esta cena... Y con este calorcito... se me cierran los ojos...

El padre Ignacio comenzó a arreglar su lecho. Mientras tanto, el vagabundo entró en el cuartito de al lado y, tras un breve rumor, todo quedó sumido en el más profundo silencio. El padre Ignacio se acercó a la puerta y miró dentro de la piecita: acurrucado sobre el catre, Juancito dormía profundamente.

Apenas amanecía, al día siguiente, cuando Juancito ya se había levantado. Había encendido el fuego y colocado en él la pava de agua, moviéndose silenciosamente para no despertar al padre Ignacio. La lluvia había por fin cesado, y la mañana se anunciaba fresca y hermosa.

Cuando el padre Ignacio abrió los ojos, el agua en la pava ya hervía y Juancito barría la casa. Fingiendo dormir, el padre Ignacio lo observó: ese muchacho parecía haber nacido en esa casa, tanta habilidad mostraba en manejar los objetos y tanta soltura tenía en moverse en un ambiente, ayer todavía desconocido para él.

-¿Cómo pasaste la noche, muchacho? -dijo de pronto el padre Ignacio.

-Ah, ya se despertó usted, padre... Me siento como en el paraíso...

Luego añadió:

-Ya está el mate.

El padre Ignacio se sentó frente a Juancito, y mientras tomaban el mate, Juancito le hablaba en tono de cariñosa confianza.

-Luego iré a buscar algo para preparar el almuerzo, padre. No crea: sé algo de cocina. Quedé durante unos dos meses en una taberna, ayudando a la cocinera; como no soy tonto, aprendí mucho de ella. Ya verá usted, padre, qué almuerzo le voy a servir... Claro, tan rico como su caldo de anoche, eso no...

Juancito le sonrió maliciosamente. El padre Ignacio no pudo menos que devolverle la sonrisa; decididamente, ese muchacho tenía el don de la simpatía. El viejo sacerdote se sentía definitivamente conquistado. Pero cuando una hora más tarde Juancito volvió, todo sofocado de haber corrido, con un pollo bajo su blusa, presentándolo triunfalmente al padre Ignacio, éste le dijo severamente:

-¿De dónde sacaste ese pollo?

Por ahí, padre... Hay muchos que andan por la calle...contestó Juancito, sin turbarse en lo más mínimo.

-Pero este pollo no nos pertenece... Es propiedad ajena.

-Eh -exclamó Juancito si nadie me vio, padre, se lo aseguro... Yo sé hacer estas cosas...

El padre Ignacio disimuló su sonrisa.

-No se trata de eso -dijo-. Cometiste un robo, mi hijo. Y yo no puedo permitir eso.

Mas al ver el rostro de Juancito, poco menos que desesperado, el padre Ignacio dijo:

-Bueno, por esta vez te perdono. Iré luego a arreglar el asunto con la dueña del pollo... Y añadió: La gente aquí es muy pobre, Juancito, muy pobre... No faltaba sino que les robemos sus pollos.

Con un entusiasmo indescriptible, Juancito se puso a la tarea de preparar la comida: las plumas del pollo degollado volaban, el agua en la olla hervía y Juancito, armado del cucharón, manejaba hábilmente los objetos que le rodeaban. De tanto en tanto salía al patio a buscar un poco de leña seca, soplaba sobre el fuego, traía agua de lluvia...

Mientras el padre Ignacio se disponía a salir para la iglesia, Juancito le dijo

-Al volver, padre encontrará usted todo listo; deje que yo me encargue de todo.

Efectivamente, al volver a casa a mediodía, el padre Ignacio encontrose con la mesa puesta. Por primera vez desde la

desaparición de Teresa, el padre Ignacio volvió a ver el mantel blanco bordado por ella, la vajilla y todos aquellos objetos familiares que desde entonces permanecían intactos sobre el estante. El padre Ignacio contempló un momento la mesa. y, sorprendido, pensó: ¿por qué será que ahora no siento ninguna amargura, ninguna tristeza al recordar a mi hermana?

-¿Qué me dice usted de mi caldo, padre? -preguntó Juancito cuando ambos estuvieron sentados a la mesa.

-Riquísimo, muchacho -dijo el padre Ignacio- sólo mi hermana sabía hacerlo tan bien como tú... Ah, mi pobre Teresa, que Dios la tenga en su santa gracia...

Y sin dejar de comer el padre Ignacio empezó a hablar al vagabundo de su hermana y de la soledad en que vivía después de la muerte de ella, para terminar diciendo:

-Dios sabe lo que hace, Juancito... Quién sabe si no se habrá llevado a mi hermana para ponerme a prueba... Y ahora te envía a ti...

Juancito sonreía... Los platos se llenaban y se vaciaban bajo la atenta vigilancia de Juancito. Por primera vez desde hacía cuatro años, el padre Ignacio volvió a gozar de la paz íntima.

Ahora sólo le preocupaba la inminente partida de Juancito. ¿Acaso no había dicho él mismo que en ningún lugar había quedado más de dos meses? Pero las semanas se sucedían, y el vagabundo, al parecer, no pensaba irse. Todos los días se levantaba antes del amanecer, preparaba el mate, limpiaba la casa y hasta lavaba la ropa del padre Ignacio. Con todo esto, siempre alegre, siempre de buen humor.

Una mañana, al volver a casa, el sacerdote le encontró arreglando el techo de la casita.

-Para que el próximo invierno no tenga usted esas goteras -le explicó.

El padre Ignacio no dijo nada. ¿Estará él aquí conmigo el próximo invierno? -pensó no sin angustia.

Luego de terminar la reparación del techo, Juancito decidió blanquear la casita. Quedó como nueva, y ambos, el padre Ignacio y Juancito, quedaron largo rato sumidos en muda admiración delante de aquella obra de arte.

-Ahora sí que tiene vista; el pueblo no tendrá porque avergonzarse de la casa del señor cura -dijo Juancito, y en su voz había tal orgulloso cariño, como si el «señor cura» fuera él mismo.

Ese mismo día el padre Ignacio le dijo.

-Mira, Juancito, trabajas en mi casa como si fueras un empleado mío y aun más... Pero yo no puedo pagarte nada. Juancito... Tu mismo lo sabes: mis ingresos apenas alcanzan para vivir.

El vagabundo alzó sobre el sacerdote su mirada de perro manso.

-¿Acaso yo le he hablado de dinero, padre? Si no fuese más que por dinero, me hubiese quedado por cualquier patrón... Aunque no ganara mucho, siempre me darían algo por mi trabajo...

Y, luego de un silencio, prosiguió.

-No, padre... Yo no quiero nada de usted... Me he quedado aquí porque vi desde la primera noche que era usted un hombre como no habrá otro... Desde aquella noche de lluvia, cuando usted me cedió su cena -a mí, un vagabundo- comprendí que clase de persona era usted. Y no es por halagarle, pero tiene usted un corazón de oro, padre.

El padre Ignacio, visiblemente emocionado, murmuró.

-Exageras, hijo, exageras... Soy como cualquier hombre: vi a un prójimo hambriento y le di de comer... ¿No haría lo mismo cualquier otro en mi lugar?

Pero Juancito le interrumpió.

-No siga, padre, porque yo sé lo que digo...

Y las semanas pasaban en una atmósfera de dulce paz. Poco a poco volvió al viejo sacerdote la antigua vitalidad, y el padre Ignacio se sintió revivir. La sensación angustiosa de soledad, que durante tanto tiempo le había atormentado con imágenes desesperantes, casi morbosas, había desaparecido por completo, llenando su alma de un sereno y claro bienestar... De vez en cuando pensaba en los últimos cuatro años de su vida y se decía: ¿cómo puede entregarme a tal punto a mi dolor de hombre como para olvidar mis obligaciones de sacerdote? He abandonado a mis fieles... No he pensado más que en mí. Ay de nosotros: el sacerdote no es más que un ser humano expuesto a todas sus flaquezas... Sólo ahora comprendo que ha sido Dios mismo quien me ha mandado a ese vagabundo para mostrarme mi camino extraviado y hacerme volver a mis obligaciones de sacerdote... Sí, con horror lo confieso: Dios no habitaba más esta casa... Dios había huido de mi casa... Pero ahora, Dios volvió, y está aquí, conmigo, con nosotros... Lo siento nuevamente en la paz que invade mi alma, en la dulzura de palabra que Él nuevamente puso en mis labios, en el desprendimiento total de mí mismo, en cada cosa que me rodea.

De nuevo los vecinos del pueblo volvieron a ver a su viejo y bienamado cura subir y bajar la calle, entrando en las casitas de sus fieles, llevando consuelo y ayuda a los enfermos necesitados... y todos decían: es ese vagabundo de Dios quien cambió al padre Ignacio... Un verdadero milagro... ¿Quién será ese hombre? ¿No será un ángel que nuestro Señor ha transformado en vagabundo para enviarlo al padre Ignacio? Y hubo muchos que hasta tenían miedo a Juancito, y se persignaban cuando él pasaba cerca de ellos.

Dos años transcurrieron desde que el joven vagabundo entró en la casa del viejo cura, dos años de vida plena de armonía, paz y trabajo. Un día, el padre Ignacio no se levantó de su cama. Muy preocupado, Juancito no se alejó un solo instante de su lado, tratándolo con los más diferentes yuyos y remedios caseros de su propia invención y preparación. Pero lejos de mejorar, el viejo sacerdote visiblemente se debilitaba más cada hora. Al día siguiente, estando Juancito a su lado, el padre Ignacio murmuró con su sonrisa un poco burlona.

-No hay nada que hacer, muchacho: por lo visto mi tiempo ha llegado, y los yuyos no sirven para nada cuando nuestro Señor nos llama ante sí...

Y viendo que los ojos de Juancito se nublaban, dijo.

-¿Por qué lloras? Yo no me aflijo, Juancito... Pronto estaré junto a mi hermana... Y no tendré que avergonzarme ante ella, porque cumplí aquí mis deberes de sacerdote...

Mas Juancito sollozaba desesperadamente. El padre Ignacio con esfuerzo le tocó la mano.

-Vamos, vamos muchacho... Tú seguirás tu camino guiado por una mano invisible, la que nos guía a todos... tal vez, por esos caminos haya alguien que te espera sin saberlo... Sigue, sigue, pues, vagabundo de Dios...

Al amanecer, el padre Ignacio dejó de existir. Toda la aldea acompañó los restos del que fuera en vida su pastor durante un cuarto de siglo. Mientras muchos lloraban, Juancito iba detrás del ataúd callado, sombrío. No hablaba con nadie, no miraba a nadie. Al retornar a su casa luego del entierro, Juancito quedó sorprendido al encontrarse con un grupo de personas que rodeaban a un joven sacerdote con sotana nueva. Al ver a Juancito, el cura le dirigió la palabra.

-¿Eres tú el muchacho que atendía al padre Ignacio?

Indiferente, sumido aún en su dolor, Juancito asintió con la cabeza, el joven sacerdote prosiguió.

-Acabo de llegar de la ciudad. Soy el nuevo cura párroco designado para reemplazar al padre Ignacio en este pueblo... He revisado la casa: tendremos que buscar otra, adquirir unos muebles decentes... Un sacerdote no puede vivir en un rancho como éste que carece de comodidades más elementales... Francamente no me explico cómo el padre Ignacio ha podido aguantar tanto tiempo en esas condiciones de vida. Cuento, pues, contigo, muchacho; quedarás a mi servicio.

En silencio Juancito escuchó al nuevo cura.

-Muchas gracias, padre -dijo- pero yo... yo me voy...

El sacerdote, irritado, preguntó.

-Pero, ¿por qué? ¿Cuánto te pagaba él por tus servicios? Yo te pagaré lo mismo.

-El padre Ignacio no me pagaba nada -dijo Juancito, sin mirar al sacerdote-. Pero con usted... aunque me pague...
Perdóneme, padre, tengo que irme

-Insolente -murmuró el joven sacerdote- cómo se nota que el padre Ignacio no supo hacerse respetar... Pero yo no soy
el padre Ignacio... Conmigo ya verán...

Mientras tanto, a paso lento, Juancito se alejaba... No había llevado nada. Se iba tal como había venido una noche de
lluvia: un vagabundo, llevando por todo equipaje su limpia alegría de niño y la gratitud de su humilde corazón.

Fuente [Narradoras paraguayas \(antología\)](#) - [José Vicente Peiró](#), [Guido Rodríguez Alcalá](#) - [recopiladores]. Edición
digital: Alicante : [Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#), 2000. N. sobre edición original: Edición digital basada en la de
Asunción (Paraguay), Expolibro, 1999.

Ingresar al Perfil Completo en PortalGuarani.com ➤

Portal Guarani © 2024
Contacto: info@portalguarani.com
Asunción - Paraguay